

**Claudia Rebeca Hodoroga**  
**Colegio Santa María Marianistas (Logroño)**  
**LA RIOJA**



### **¿QUIÉN SOY?**

Tic, tac, tic, tac...

Esta no es mi primera vez aquí. No es la cuarta, ni la quinta. Llevo visitando este edificio casi un año. Siempre sigo la misma rutina: llegar media hora antes de lo necesario, mordirme las uñas, esperar.

— Alexandra Martínez, su turno.

Y oír esa frase, una y otra vez.

Entro en la sala. Me siento frente a mi psicólogo, quien espera con expresión neutra y hombros relajados.

— Buenas tardes, Álex. Lo primero que le pedí en cuanto nos conocimos fue que no usara mi nombre real. Por alguna razón, es algo que nunca me ha gustado, algo que no asocio conmigo.

Y ese es el problema. Que no asocio nada conmigo.

Según mis diagnósticos, tengo una cosa llamada “despersonalización”. Probablemente nunca has oído hablar de esto.

Es una enfermedad menos común. Esta condición hace que me sienta desconectada de mi ser.

Imagínalo así: en un videojuego con perspectiva en primera persona, tú sabes que la mano en la pantalla es la de tu jugador, pero no la tuya. Los demás lo ven y saben que eres tú. Sin embargo, no sientes una conexión con este. Tu cuerpo y tu mente están en lugares distintos.

—¿Has tomado tu medicación esta semana?

La conversación sigue así, como todos los días. Espero ansiosa a mi parte favorita de la consulta, respondiendo sí o no a sus preguntas. Los detalles son los de menos.

Al fin, saca un pequeño baúl.

A este hombre se le ocurrió la brillante idea de transformar nuestras sesiones en una adivinanza. Según él, de esta manera lo disfrutaré más. Dice que centrarme en algo durante mucho tiempo me ayudará a bajar de las nubes.

Yo no me quejo.

Al abrir el cofre, lo primero que encuentro es una extraña brújula. A esta brújula le falta el norte, y el este y oeste están intercambiados. Interesante.

Mi primera idea es seguir la flecha hacia el norte. Quizás ahí es donde se encuentre. Mis esfuerzos son en vano.

Decepcionada, busco una manera de abrir la dichosa brújula. Puede que si cambio el este y oeste de lugar...

Descubro un botón en el costado del objeto. Al presionarlo, la tapa de cristal se eleva. Perfecto.

Sin embargo, el universo no está de mi lado. Por mucho que lo intente es como si las letras estén unidas con clavo y tornillo.

Tras casi hora y media de andar y pensar, estoy a punto de rendirme. Mi mentor no me da pistas y mi cabeza está a punto de estallar. En un momento de desesperación, se me enciende la bombilla. Le doy la vuelta a la brújula y todo empieza a encajar. En lugar de tener el norte delante, lo tiene detrás.

Sigo la trayectoria y, tal y como pensaba, cuando me doy la vuelta me encuentro enfrente. Palmadas. Un aplauso.

Mi psicólogo se levanta, una gran sonrisa sobre su cara.

— Lo conseguiste.

Lo conseguí.

¿Cuál es la enseñanza? Bien. Esta es algo más difícil de poner en práctica. Como ves, al principio nada tenía sentido. Todo parecía descolocado. Pero, al final, la solución era algo muy simple. Solo necesitabas darle la vuelta a la brújula. Cambiar tu perspectiva.

Necesito mirar las cosas desde otro ángulo.

Necesito encontrarme a mí misma.